

LAS TRES VIDAS DE
ALIX ST. PIERRE

NATASHA LESTER

Traducción: Graciela Rapaport



PRÓLOGO

París, 1937

*Siempre me atrajo lo que, en virtud de
cierta clarividencia irlandesa,
soy capaz de predecir en un artista...*

Carmel Snow, *Harper's Bazaar*

—NO VOY A IR CONTIGO —LE DIJO LILLIE A ALIX EL DÍA que las dos se graduaban en la escuela suiza de buenos modales y viajaban a París para empezar la verdadera aventura llamada vida.

—¿Estás diciendo que eres demasiado perezosa para hacer las maletas y quieres que las haga yo por ti? —se rio Alix.

Buscó la maleta de Lillie bajo la cama de la habitación que compartían en Le Manoir. Pero Lillie negó con la cabeza.

—Antes de irnos de Los Ángeles, le prometí a mamá que volvería a casa en un año. Me escribió para recordármelo.

—Pero me hiciste creer que... —Alix se calló y se dejó caer sobre la cama.

Lillie estaba tumbada de espaldas y miraba el techo. En la mano sostenía, apretada con tanta fuerza que empezaba a arrugarse, una fotografía de ella, Alix y su amigo Bobby en la feria del condado de Los Ángeles, tomada una semana antes de viajar a Suiza. Por lo estropeada que estaba esa

imagen tan querida de los tres, Alix entendió que, en ese momento, Lillie estaba sufriendo más que ella.

Alix se arrodilló en el suelo para acariciar el cabello de su amiga.

—Lo siento —susurró.

Al escucharla, Lillie se puso a llorar; no, a sollozar.

—Yo también lo siento.

—Todo va a ir bien —dijo Alix con dulzura y se tragó el resto de las palabras.

“Estuviste todo el año haciéndome creer que ibas a venir a París, pero siempre supiste que no ibas a hacerlo”. Porque vio en las lágrimas de Lillie que los planes de alquilar juntas una habitación en alguna pensión y tener amantes franceses y pasar caminando junto a la Torre Eiffel al volver a casa después de una noche en Montmartre había sido un deseo en el que Lillie se había obligado a creer, como si una hechicera fuese a dividirla en dos y a mandar una mitad de vuelta con su madre y Peter Brooks —el hombre con el que su madre quería casarla— y la otra a París con Alix.

Por primera vez, Alix se alegró de que nadie esperara nunca nada de ella, de que el único camino que tuviera que seguir fuera el que ella se había trazado para sí misma. El cariño, las caricias de una madre, el orgullo de un padre, esas eran sus pérdidas, pero las de Lillie —la capacidad de creer en sí misma y de elegir— también eran sustanciales y dolorosas.

—Voy a echarte mucho de menos —fue lo único que dijo.

Era cierto. Había visto a Lillie todos los días de su vida desde que tenía trece años. Cuando Alix fuera a París y Lillie a Los Ángeles, ¿quién sabía cuándo iban a volver a verse?

—Llévate esto. —Lillie puso la foto arrugada de las tres personas sonrientes, felices, en la mano de Alix—. Tengo otra en casa. Y Bobby también. Siempre quise darte una a ti porque... —Se calló y Alix supo lo que su amiga no quería decir en voz alta: “Porque tú no podrías pagarla”.

—Los tres mosqueteros —dijo Alix, en un intento de hacerla sonreír.

—No. —Lillie se mantuvo inflexible—. Las personas de un grupo pueden cambiar lo que piensan unas de otras. Nosotros nunca. Somos... —Pensó un instante—. Los tres vértices de un triángulo. Sin uno de ellos, el triángulo no existe.

Con eso, Alix se levantó del suelo y se arrojó sobre la cama, donde todo se fundió en un abrazo lagrimoso y húmedo.

Entonces, Lillie se apartó y le sonrió.

—Eres como la actriz secundaria de las películas —dijo, lo que no sonó particularmente halagador hasta que agregó—: Todos piensan que la protagonista es a la que hay que mirar, a la que hay que querer. Pero a veces, la actriz secundaria se lleva toda la atención. Y todos se preguntan por qué nadie la había visto antes. Esa eres tú —le dijo, convencida, a Alix, que no creía para nada en esa profecía—. Tú eres a quien vale la pena ver.

Solo una verdadera amiga diría algo así mientras guarda sus sueños y ve que la persona a quien siempre llamará hermana toma su equipaje y se va a vivir los suyos propios.

—Te quiero —dijo Alix; las lágrimas le brotaban otra vez.

—Hasta que los triángulos dejen de existir —dijo Lillie con una sonrisa que las dejó moqueando de una forma bastante impropia para haberse graduado en esa escuela de buenos modales.

Dos días después, Alix St. Pierre estaba de pie en el mismísimo centro del puente Alejandro III, entre dos ninfas listas para sumergirse en el agua con total abandono. Sobre su cabeza, las farolas esféricas de estilo *art nouveau* iluminadas le ponían un collar de lunas llenas al amanecer. Adornaban el puente a su izquierda y a su derecha querubines y caballos alados y leones y conchas marinas con bordes festoneados, todo lo que era ardiente, apasionado, impulsivo,

imposible. Pero todo estaba allí, frente a ella, así que no era imposible, ya no.

Una sonrisa se le dibujó en la cara y Alix se inclinó hacia delante como las ninfas y extendió el torso sobre el Sena todo lo que pudo. Abrió los brazos, para abrazar a París; sentía demasiada alegría para contenerla, y se echó a reír.

¿Cómo iba a dejar de reír, ahora que estaba en París?

Cuando el amanecer se volvió mañana, se irguió, abrió su bolso, buscó la lista de nombres que los padres de Lillie le habían enviado desde Los Ángeles y la arrojó al cesto de basura más cercano. Tal vez, Alix no tuviera más que su título del bachillerato para acceder los contactos que la familia de Lillie quería facilitarle con esa lista, pero ella no podía vivir de la generosidad de los Van der Meer para siempre, y no lo haría. Además, los nombres de la lista eran de gente de la alta sociedad, que hacía poco pero gastaba mucho, y Alix siempre sería una extraña entre esa gente. Allí, en París —en el país donde habían nacido sus padres—, iba a encontrar quienes le hicieran sentir que era una más.

Caminó decidida hacia el norte, llegó a los almacenes Printemps y pasó diez minutos boquiabierta frente a la grandiosa fachada: las Cuatro Estaciones, imponentes, esculpidas en la pared, sobre la cabeza de los clientes que entraban y salían constantemente con las bolsas de compras que les adornaban los brazos como si fueran brazaletes. ¿Cómo no los conmovía el arte omnipresente, la belleza que los rodeaba, París?

Alix estuvo a punto de tomar por el elegante escote a la mujer que pasaba junto a ella y exclamar: “¡Mire!”. Pero se contuvo y, en vez de eso, prometió que nunca iba a ser tan insensible a la belleza, ni tan vieja como para olvidar que existe el asombro.

Dentro, compró la coctelera más grande que encontró. En un almacén de comestibles, compró ginebra, Vermut y

aceitunas; retrocedió sobre sus pasos hacia el sur y se sentó en una banca del jardín de los Campos Elíseos; si caminaba tanto todos los días, pronto podría orientarse sin necesidad de su ejemplar incansable de la guía ¡Así que vas a París!

Mezcló la ginebra y el Vermut en la coctelera, agregó seis aceitunas y miró el reloj. Doce y media. Tiempo suficiente para retocarse el lápiz labial, comprobar que su cabello se estuviera comportando como debía en París —con elegancia y sin imperfecciones— y enderezar el pulcro sombrerito verde azulado, que —se alegró de comprobar— era la última moda allí, no como en Estados Unidos, donde el aburrido y pesado sombrero fedora tenía aspiraciones de estar *à la mode*. Por último, adoptó la postura que, según insistía la mamá de Lillie, era la lección más importante que cualquier chica debía aprender: Alix tenía que imaginar que llevaba un lápiz extremadamente largo atado detrás de la cabeza y tratar de dibujar en el techo con él. Este ejercicio estaba pensado para levantar la barbilla, sacar pecho —pero sin llevarlo atrevidamente hacia delante— y, de alguna manera, afinar un poco la cintura. La única parte del consejo que ignoró fue la de mirar pudorosamente hacia abajo todo el tiempo; Alix dirigió los ojos al cielo.

La coctelera la acompañó hasta la rue Jean Goujon 18 y al estudio parisino de *Harper's Bazaar*, donde esperó en la recepción con los ojos fijos en el ruidoso elevador con jaula de hierro. Pasada la una, salió de allí una mujer de pelo canoso, gafas azules y ese tipo de silueta que se consigue —como la de la madre de Lillie— dejando de comer o, al menos, dependiendo de una estricta dieta líquida. Era Carmel Snow, la editora de *Harper's Bazaar*; estaba en París por las colecciones y era la decana de los almuerzos líquidos, o eso había oído Alix.

—*Bonjour* —dijo con una gran sonrisa; ese era su mejor atributo, según Lillie, que lo decía con buenas intenciones,

y también según la madre de Lillie, que pretendía que Alix se cuestionara las imperfecciones de todos sus rasgos.

Levantó la coctelera.

—Oí que le gusta almorzar tres martinis. Por eso le traje uno hasta aquí. Espero que, a cambio de una tarde de martinis, usted mire mi porfolio.

Carmel rio, sonora y efervescente.

Para Alix, fue un gesto de aprobación, así que sacó una copa para martinis muy cara de la bolsa de compras.

—¿Le sirvo uno?

—Más te vale —dijo Carmel; las vocales envolvían su acento irlandés y les infundían calidez a sus palabras—. Pero en mi oficina.

Una vez allí, Carmel miró las preciadas ilustraciones de Alix con rapidez y las depositó en la papelera.

—Tu destino son las relaciones públicas —dijo—. Dibujas como si los vestidos fueran grilletes, no como si estuvieran hechos para moverse con el cuerpo. Deja de hacer ilustraciones, por ahora.

Alix trató de reprimir un gesto de tristeza, pero no tenía la fortaleza del Vermut; hacía solo dieciocho años que estaba en la Tierra y soñaba con trabajar en el mundo de la moda en París, así que era imposible no inmutarse.

Carmel no retiró la mirada y no le dio la oportunidad de mostrar su dolor. Entonces, señaló la coctelera.

—Sabes cómo atraer la atención de las personas y darles lo que quieren. La mejor manera de aprender relaciones públicas es escribir; así, entenderás cómo funciona la prensa antes de intentar seducirla. Empiezas esta noche en los jueves de Marie-Louise, donde vas a conocer *le tout-Paris*, y mañana, más formalmente, aquí, en *Harper's Bazaar* como editora de moda júnior.

Alix no pudo evitar gritar como una animadora.

Carmel levantó su copa.

—Ojalá embotellaran y sirvieran tu entusiasmo como una bebida en el Ritz. Sería mejor para mí que tres martinis... y su efecto, más duradero.

Y de pronto, Alix se encontró riendo junto a Carmel Snow en su oficina de París, una situación inaudita que, por primera vez en su vida, la hizo creer que no importaba que fuera una huérfana que se había abierto camino en la vida desde los trece, una chica que había dependido de la culpa y la caridad de los padres de Lillie durante los últimos cinco años y que había gastado hasta el último dólar para llegar a París. También le hizo creer que por fin iba a ser la Alix St. Pierre que debía ser, aquella a la que había tenido que reprimir en la mansión silenciosa y refinada de Lillie. Esa Alix, podía, al fin, dejar caer los grilletes.